

Miguel I de Polonia y la reconstrucción de la política de colaboración dinástica de la Casa de Austria (1669-1673)*

Michael I of Poland and the reconstruction of the dynastic collaboration of the House of Austria (1669-1673).

Miguel Conde Pazos
Universidad Autónoma de Madrid-IULCE

Resumen: Entre 1669 y 1673, la corte de Madrid trató de reconstruir sus relaciones con la corte de Viena, dañadas tras el tratado de reparto de 1668. Con este fin, desarrolló una diplomacia de gran alcance, que incluía a Hungría, el Imperio Otomano y Polonia-Lituania. En este artículo analizamos el papel jugado por Miguel I de Polonia, un monarca poco conocido, en la estrategia general de la Monarquía Católica en Europa, así como los diferentes intereses de las cortes de Madrid, Viena y Varsovia.

Palabras clave: Diplomacia, Polonia-Lituania, Carlos II, Miguel I de Polonia, facciones y grupos de poder.

Abstract: Between 1669 and 1673, the court of Madrid tried to reconstruct its relations to the court of Vienna, damaged after the treaty of partition of 1668. For this purpose, the court developed a far-reaching diplomacy, which included Hungary, the Ottoman Empire and Poland-Lithuania. In this article we analyze the role played by Miguel I of Poland, a little known monarch, in the general strategy of the Catholic Monarchy in Europe, as well as the different interests of the courts of Madrid, Vienna and Warsaw.

Key Words: Diplomacy, Polish-Lithuanian Commonwealth, Charles II of Spain, Michael I of Poland, factions and parties.

* Recibido el 24 de noviembre del 2017. Aceptado el 24 de abril de 2018.

Miguel I de Polonia y la reconstrucción de la política de colaboración dinástica de la Casa de Austria (1669-1673)

A principios de 1669, partía de la corte de Madrid, rumbo a Roma, Juan Everardo Nithard, quien hasta entonces había marcado el rumbo político de la regencia de Mariana de Austria. Se cerraba así un periodo turbulento para la Monarquía Católica, que desde 1667 no había dejado de sufrir toda una serie de reveses tanto en el ámbito diplomático como en el militar. Atrás quedaban las derrotas en Flandes ante los ejércitos de Luis XIV, así como el reconocimiento, por medio del Tratado de Lisboa, de la dinastía Braganza al frente del trono portugués. La reciente guerra había evidenciado el paulatino aislamiento de la Monarquía en Europa, con sendos acuerdos de neutralidad entre la corte francesa y las de Brandemburgo y el Imperio (diciembre 1667 y enero 1668 respectivamente). En el caso de este último, con la firma del tratado de reparto de la Monarquía entre Luis XIV y Leopoldo I, se trató de la quiebra de toda una política dinástica, aquella que había dirigido la política exterior de la Monarquía desde el reinado de Felipe IV. Al final, fue la Triple Alianza la que impuso la paz de Aquisgrán, no sin ciertas reticencias por parte de la corte de Madrid, que se vio obligada, además de a hacer sacrificios territoriales, a pagar unos pesados subsidios a los aliados¹.

El año 1668 se convirtió así en un momento de inflexión, tanto para la Monarquía como para toda Europa en general. La Guerra de Devolución había puesto sobre la palestra las grandes ambiciones de Luis XIV en el continente, así como la incapacidad, por parte de las armas hispanas, de hacer frente en solitario al empuje de los ejércitos del Rey Sol en Flandes. A partir de entonces, fue necesario el concurso del resto de los príncipes para defender el territorio, concentrándose una vez más en los Países Bajos gran parte de las tensiones de occidente. No ocurrió lo mismo en todos los frentes. El gobierno de la Monarquía había sabido manejar y contener los sucesos de Cerdeña, donde en 1668 fue asesinado su Virrey, asegurando su control sobre Italia y el Mediterráneo Occidental². Tampoco en la propia corte se produjo una ruptura total. La cabalgada de Juan José de Austria por la península no supuso el fin de la regencia de Mariana de Austria y, a pesar de que tuvo que prescindir de Nithard, la reina madre siguió al frente de los asuntos de gobierno. Esto marcó la política exterior de la Monarquía durante los años siguientes, condicionada por los propios deseos de la reina y un Consejo de Estado que reforzó su papel en materias de índole diplomática y militar³. Su cometido, durante los años siguientes, fue reconducir las relaciones de Madrid con el resto de las cortes, acabando con su aislamiento. Todo ello, en un contexto en el que las viejas corrientes de opinión dentro de la corte vivieron un proceso de reformulación⁴. A partir de entonces, el objetivo de la diplomacia hispana fue

¹ Gabriel MAURA GAMAZO, *Vida y reinado de Carlos II*, Madrid, Aguilar, pp. 102-120; Antonio José RODRIGUEZ HERNÁNDEZ, “España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos Españoles”, Madrid, Ministerio de Defensa, 2007.

² Javier REVILLA CANORA, “Tan gran maldad no ha de hallar clemencia ni en mí piedad”. El asesinato del marqués de Camarasa, virrey de Cerdeña, 1668”, *Revista Escuela de Historia*, vol. 12, 2013.

³ Antonio ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, “La sombra de Haro. Memoria de linaje y espejo de valimiento (1655-1677)”, Rafael VALLADARES, (ed.), *El mundo de un valido. Don Luis de Haro y su entorno 1643-1661*, Madrid, Marcial Pons, 2016, pp. 377-403.

⁴ Sobre estas corrientes: Rafael VALLADARES, *La rebelión de Portugal. Guerra, conflicto y poderes en la Monarquía Hispánica (1640-1680)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998; Robert A. STRADLING, “A Spanish Stateman of appeasement: Medina de las Torres and Spanish Policy. 1639-1670”. *The Historical Journal*, nº 19, I (1976), pp. 1-31.

contener la hegemonía y expansión de la Francia de Luis XIV, participando de una manera activa en las sucesivas alianzas que se fueron conformando. En este sentido, muchas de las premisas de las viejas corrientes “austracistas” y “españolas” perdieron parte de su sentido, teniendo ambas un objetivo común de conservación, una vez perdido el reino de Portugal. Pero, al mismo tiempo, hubo cierta continuidad, existiendo un debate interno dentro de la corte, en ocasiones muy intenso, sobre el grado de compromiso que se debía adquirir, sobre todo en la relación con el Imperio. De fondo, dos formas de encaminar la política exterior de la Monarquía, ya fuera a través de principios de colaboración dinástica, que rememoraban las viejas aspiraciones de hegemonía de la familia, pero que en aquel momento buscaban fundamentalmente contraponerse al ascenso de Luis XIV de Francia; o bien fundamentada sobre las bases de equilibrio europeo que se estaban estableciendo, que posibilitaran una mayor concentración de recursos en los frentes hispano y mediterráneo y, sobre todo, permitieran una mayor maniobrabilidad de cara al exterior⁵. Los resultados de la política de la reina fueron notables durante los años siguientes, al lograrse el aislamiento de Francia (en el contexto de la guerra franco-holandesa) gracias a una serie de alianzas en las que la diplomacia hispana jugó un papel determinante. Sin embargo, como veremos más adelante, los fracasos en el frente a partir de 1673 abocaron a largo plazo a una reformulación general de la política exterior⁶.

Dos fueron los puntos donde la diplomacia española centró más su atención a partir de 1670, tras la firma del tratado de Dover entre Luis XIV y Carlos II de Inglaterra. Uno fue la Haya, con la que se firmó un primer acuerdo defensivo en diciembre de 1671⁷. El otro fue Viena, cuyo vínculo tradicional se había puesto en entredicho durante la reciente guerra⁸. La importancia que esta última corte alcanzó durante los años siguientes, dentro de la estrategia general de Madrid, se debió a motivaciones de tipo dinástico-ideológico, pero también geopolítico. El Emperador, además de hermano de la reina, seguía siendo un aliado indispensable para el mantenimiento de Flandes e Italia, tanto por la importancia que tenían los soldados alemanes en las filas del ejército español, como por la influencia que disfrutaba sobre el resto de los príncipes, en particular los del Imperio. El elector de Brandemburgo, por ejemplo, había sido uno de los aliados preferidos por los gobernadores de Flandes durante la Guerra de Devolución, pero el Gran Elector nunca se mostró dispuesto a movilizarse si Leopoldo I no tomaba partido antes⁹. Además, ambas cortes arrastraban

⁵ Sobre esta última: Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *La monarquía de los Austrias. Historia del Imperio español*, Madrid, Alianza, 2017, pp. 282-288.

⁶ En este sentido, cabe destacar el papel de liderazgo jugado por la diplomacia hispana en el momento, muchas veces olvidado tras la imagen clásica de decadencia, recuperado recientemente en la obra de Christopher Storrs (*La resistencia de la Monarquía Hispánica*, Madrid, Actas, 2013). Sin embargo, no compartimos del todo el uso del término “resiliencia”, siempre y cuando este sea entendido como resistencia pasiva, siendo un periodo de reformulación, con importantes hitos en su desarrollo (como fue la paz de Nimega).

⁷ Manuel HERRERO SÁNCHEZ, *El acercamiento hispano-neerlandés (1648-1678)*, Madrid, CSIC, 2000, pp. 187-201.

⁸ Juan A. SÁNCHEZ BELÉN, “Las relaciones internacionales de la Monarquía hispánica durante la regencia de doña Mariana de Austria”, *Studia Histórica, Historia Moderna*, nº 20, pp. 137-172; Christopher STORRS, “La diplomacia Española durante el reinado de Carlos II: una Edad de Oro o ¿quizá de Plata?”, Porfirio SANZ CAMAÑES (Coord.), *Tiempo de Cambios*, Madrid, Actas, 2012, pp. 21-55.

⁹ Derek MCKAY, “Small-power diplomacy in the age of Louis XIV: the foreign policy of the Great Elector during the 1660s and 1670s”, Robert ORESKO, G.C. GIBBS, H.M. SCOTT, (eds.), *Royal and Republican Sovereignty in Early Modern Europe*, Cambridge University Press, 2006, pp. 188-213.

un largo acervo común, que las vinculaba en una serie de intereses entrecruzados¹⁰. De hecho, la corte de Viena se terminó convirtiendo en uno de los ejes sobre los que se articuló toda la estrategia hispana en Europa, negociándose allí gran parte de los acuerdos para contener a Luis XIV. Pero, como veremos a continuación, también se trató de un socio difícil, y sus indecisiones y sus acuerdos secretos con Francia marcaron el ritmo diplomático durante los primeros años de la guerra franco-holandesa¹¹.

El marqués de los Balbases y la reconstrucción de la influencia española en Viena.

Las relaciones con Viena no vivían su mejor momento en 1669. El Primer Tratado de Reparto, acordado un año antes, había puesto término a más de cincuenta años de estrecha colaboración dinástica. No obstante, para buscar los orígenes de aquella quiebra, habría que remontarse a los acuerdos de Westfalia, momento en el que Fernando III firmó la paz con sus enemigos. Aquel abandono a Felipe IV en la guerra afectó mucho en la corte de Madrid, que se vio muy mal pagada tras años invirtiendo ingentes recursos en favor de las empresas del Emperador en Centroeuropa. Esto, sin embargo, no supuso una ruptura de los lazos familiares. Por el contrario, durante la década de 1650 se adoptó una actitud pragmática y se trató de involucrar a Viena en la guerra con Francia utilizando precisamente el factor dinástico. Para ello, se instrumentalizó la mano de la infanta María Teresa, y la posibilidad de una sucesión alemana al trono español¹². Entre 1656 y 1657, y a raíz de esta estrategia, Fernando III decidió dar un paso más en su compromiso, interviniendo en el Norte de Italia con un ejército auxiliar, en este caso contra los príncipes menores que apoyaban a Francia. La muerte de este Emperador, no obstante, en abril de 1657, supuso un giro en la relación. Su hijo, Leopoldo, no había sido nombrado para entonces Rey de Romanos, por lo que tuvo que negociar su elección con los príncipes alemanes, aceptando a la postre una capitulación por la que se comprometía a no seguir prestando apoyo a Felipe IV. La presencia hispana en el círculo cortesano de Leopoldo, por otra parte, era mucho más reducida y, en concreto, el nuevo Emperador sentía una gran animadversión por el príncipe de Auersperg, principal responsable de la política pro-hispana de su padre. Su caída en desgracia, parcial y transitoria, coincidió con el ascenso del conde de Porcia como nuevo favorito. La relación volvió a sufrir otro duro revés en 1659, cuando se concertó el matrimonio entre María Teresa y Luis XIV como parte de la Paz de los Pirineos. De esta forma, los Borbones se introdujeron dentro de los estrechos lazos de parentesco de la familia, alterando la dinámica hasta entonces imperante. Para limitar el

¹⁰ José MARTÍNEZ MILLÁN, Esther JIMÉNEZ PABLO, "La Casa de Austria: una justificación político-religiosa (siglos XVI-XVIII)", José MARTÍNEZ MILLÁN y Rubén GONZÁLEZ CUERVA, (coords.), *La dinastía de los Austria. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. Madrid, Polifemo, 2011, vol. 1, pp. 9-59.

¹¹ Antonio José RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, "El precio de la fidelidad dinástica: colaboración económica y militar entre la Monarquía hispánica y el Imperio durante el reinado de Carlos II (1665-1700)", *Studia hist., H^o mod.*, 33, 2011, pp. 141-176.

¹² Lothar HÖBELT, "« Madrid vaut bien une guerre? » Marriage negotiations between the Habsburgs Courts 1653-1657", José MARTÍNEZ MILLÁN y Rubén GONZÁLEZ CUERVA, (Cords.), *La Dinastía de los Austria, las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*. Madrid, Polifemo, 2011, Vol. III, pp. 1421-1437.

impacto, Felipe IV ofreció a Leopoldo la mano de su otra hija, la pequeña Margarita, quien, a diferencia de María Teresa, mantuvo sus derechos sucesorios¹³.

La década de 1660 no supuso una mejora en las relaciones. A pesar de que desde Madrid se siguieron enviando subsidios, estos no fueron los suficientemente importantes como para poder mantener las empresas del Emperador. Esta falta de auxilio, provocada en parte por la Guerra de Portugal, se dejó sentir especialmente durante la guerra austro-turca de 1663-1664, en la que Viena llegó a aceptar la ayuda de un contingente francés para poder hacer frente a la agresión otomana. Tampoco ayudaron en nada los retrasos en la entrega de la infanta Margarita (quien no partió a Viena hasta 1665), así como los problemas entre los embajadores españoles, sus familiares y los ministros del Emperador. Lo mismo podemos decir de los miembros del séquito de Margarita, cuya presencia en Viena se hizo en ocasiones incómoda, llegando a afectar en la propia actitud de Leopoldo hacia los españoles¹⁴. A todo ello hay que sumar los largos años de vacancia de la embajada, que tras la marcha del marqués de La Fuente, en 1661, apenas disfrutó de estabilidad alguna¹⁵. De fondo, un grave problema sucesorio que afectaba por igual a las dos ramas de la dinastía y que, como señaló el barón de Lisola, causó una gran incertidumbre entre el resto de los príncipes, muchos de los cuales buscaron una protección más segura al amparo del rey de Francia¹⁶. Es natural que esta situación afectara en el ánimo interno de las dos cortes, tomando fuerza las facciones que abogaban por una mayor separación entre los intereses dinásticos y los propios. En el caso de la corte de Viena, la preocupación estaba centrada en Hungría, donde a raíz de la paz de Vasvár de 1664, se desataron toda una serie de conspiraciones con conexiones con los turcos y los franceses¹⁷.

El Primer Tratado de Reparto fue consecuencia de esta coyuntura, así como de la crítica situación que vivió la Casa de Austria en los últimos meses de 1667. De esta forma, se inauguró un periodo de entendimiento entre las cortes de Luis XIV y Leopoldo I, marcado por el ministerio del príncipe Wenzel Eusebius Lobkowitz. Este noble bohemio había ascendido en la corte de Viena con gran habilidad, sin despertar demasiados recelos entre los ministros de Carlos II¹⁸. Todavía en mayo de 1670, el Consejo de Estado de Madrid y el propio embajador, el Conde de Castellar, se preguntaban sobre su posible afinidad, a pesar de las noticias que ya llegaban sobre sus

¹³ Enrique SOLANO CAMÓN, "Entre la fidelidad y el desencuentro. España y el Imperio en el tablero político europeo entre 1648 y 1679", Porfirio SANZ CAMAÑES, P., *Tiempo de Cambios. Guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)*, Madrid, Actas, 2012, pp. 195-221; Luis TERCERO CASADO, "A Fluctuating Ascendancy: the «Spanish Party» at the Imperial Court of Vienna (1631-1659)", *Libros de la corte*, Monográfico 2, Año 7, 2015, pp. 54-67.

¹⁴ Rostislav SMÍŠEK, "« Quod genu hoc hominum » Margarita Teresa de Austria y su corte española en los ojos de los observadores contemporáneos", José MARTÍNEZ MILLÁN, Rubén GONZALEZ CUERVA, *La dinastía de los Austria: las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio*, Madrid, Polifemo, Vol. II, pp. 909-953.

¹⁵ Miguel Ángel OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia español, la Edad Barroca*, II, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, Vol. VIII, pp. 130-139.

¹⁶ HHStA, SK 49, Vol. 4, ff. 30-32, Copia de lo que el barón de Lisola ha representado al rey en audiencia, 1665.

¹⁷ Sándor PAPP, "Ottoman Accounts of the Hungarian Movements against the Habsburgs at the Turn of the Seventeenth and the Eighteenth Centuries", Colin IMBER, Keiko KIYOTAKI, Rhoads MURPHEY (eds.), *Frontiers of the Ottoman Studies*, Vol. II (Library of Ottoman Studies 6), New York, IB Tauris, pp. 37-47.

¹⁸ Sobre la caída de Auersperg, AGS, EST, 2386, el conde de Castellar a la reina, Viena, 17 de diciembre de 1669.

contactos con el agente francés en Viena, el caballero Gremonville¹⁹. Lo cierto es que, según Jean Berenger, Lobkowitz fue partidario de una aproximación a Francia al menos desde 1665²⁰. Su política, mantenida con altibajos hasta 1673, se basó en la búsqueda de un entendimiento con el Rey Sol, con el fin de que Leopoldo I pudiera tener las manos libres para poder atender el problema húngaro. Esto, por supuesto, iba en contra de los intereses de los españoles en el continente, al alejar a las fuerzas del Emperador de los problemas del Rin, por lo que, sin atacar directamente su ministerio (no al menos hasta sus últimos momentos), se trató de interceder para que rectificara su política²¹. Para ello, se buscó el apoyo de los otros miembros de la corte, como el canciller Hocher o Raimondo Montecuccoli, recurriéndose asimismo al círculo familiar de Leopoldo²².

El encargado de realizar estas funciones, y que los españoles recuperaran la influencia que antaño disfrutaran, no fue el conde de Castellar, quien había tenido demasiados roces con Leopoldo I y sus ministros. En su lugar, se nombró a Pablo Spínola Doria, III marqués de Los Balbases, quien contaba con una notable red de amistades y confidentes en la corte del Emperador. Balbases fue el responsable de establecer un nuevo marco de entendimiento entre las dos ramas de la dinastía, encauzando al mismo tiempo la política de Viena en un sentido contrario a la Francia de Luis XIV. Para ello, estructuró unos espacios cortesanos propios, así como nuevos vínculos, no solo de carácter político, sino también cultural²³. No se trató de una labor sencilla. En noviembre de 1671, Leopoldo I volvió a firmar un acuerdo de neutralidad con Luis XIV, dejando a Holanda a expensas de la agresión francesa. Tampoco fue fácil lograr la salida de Gremonville de Viena, uno de los objetivos del embajador prácticamente desde su llegada²⁴. No fue hasta 1673, cuando sus instancias empezaron a dar sus frutos, firmándose en septiembre un acuerdo de alianza con los holandeses. A este le siguió la salida de Gremonville de la corte y, en 1674, la caída en desgracia del propio Lobkowitz.

Este éxito no se puede atribuir exclusivamente al marqués, si bien sí que contribuyó de manera activa al mismo. Más bien se debió a la propia política de Luis XIV en el Rin, que amenazó con alterar, ya no solo la situación en Flandes y Holanda, sino la de la frontera más occidental del Imperio. Por otra parte, Balbases, al igual que la corte madrileña, siempre fue consciente de que no era suficiente con establecer vínculos o influir en ciertos ministros para alterar el rumbo de la política imperial. Para ganarse a Leopoldo, también era necesario mostrar un mayor compromiso con sus otros problemas, lo que forzosamente se traduciría en mayores subsidios y una atención constante ante los sucesos de Hungría y la frontera sur-oriental. Allí, la amenaza de intervención otomana se había hecho una constante, siendo igualmente importante la influencia francesa sobre los rebeldes húngaros. Este último problema había quedado

¹⁹ AGS, EST, 2386, Consejo de Estado, 3 de mayo de 1670.

²⁰ Jean BÉRENGER, *Léopold Ier (1640-1705), fondateur de la puissance autrichienne*, PUF, 2004, pp. 237-241

²¹ AGS, EST, 2392, Consejo de Estado, 13 de diciembre de 1673

²² AGS, EST, 2388, Consejo de Estado, 19 de abril de 1671; AGS, EST, 2392, Consejo de Estado, 10 de septiembre de 1673; el marqués de los Balbases, Gratz, 1 de noviembre de 1673.

²³ Manuel HERRERO SÁNCHEZ, Antonio ÁLVAREZ-OSSORIO, A., "La aristocracia genovesa al servicio de la Monarquía Católica: el caso del III marqués de Los Balbases (1630-1699)", Manuel HERRERO SÁNCHEZ, Yasmina BEN YESSEF GARFIA, Carlo BITOSI, Dino PUNCUH (coords.), *Génova y la Monarquía Hispánica (1528-1713)*. Génova, Società Ligure di Storia Patria, 2011, pp. 331-366.

²⁴ AGS, EST, 2388, El marqués de Los Balbases a la reina, 18 de diciembre de 1670.

temporalmente neutralizado tras la firma del Primer Tratado de Reparto, pero tenía visos de renacer en caso de que el Emperador optara por una política como la propugnada por Madrid. Por ello, Balbases debía afrontar el problema de manera global, lo que también incluía a un tercer actor de la zona: la República de Polonia-Lituania.

La República de Polonia-Lituania durante la década de 1660

La República de Polonia-Lituania ganó una especial relevancia en el escenario internacional a lo largo de la década de 1660. Durante la primera mitad del siglo, la corte de Varsovia había estado estrechamente ligada a la Casa de Austria, con sendos matrimonios entre Segismundo III (1587-1632) y Ladislao IV (1632-1648) con varias archiduquesas (si bien este último monarca realizó un leve acercamiento a París en los últimos años de su reinado)²⁵. Esta dinámica cambió bajo el gobierno del último de los Vasa, Juan Casimiro (1648-1668), quien heredó de su hermano una situación catastrófica en Ucrania. Esta no tardó en extenderse al resto de la república y, en 1655, el rey se vio obligado a huir a Silesia, ante la invasión de Polonia por parte de los suecos. A este hecho le siguió una larga contienda (la conocida como Segunda Guerra del Norte, 1655-1660) en la que participaron todos los potentados de la zona, incluyendo al Emperador. Los polacos, asimismo tuvieron que hacer frente a la acometida de los moscovitas en Lituania (en una larga guerra que no terminó hasta 1667), así como a las razias y las amenazas de los tártaros y turcos respectivamente. Tantas calamidades terminaron por afectar al ánimo de la nobleza polaca, que llegó a la conclusión de que una gran parte de sus desdichas se debían a la continua degradación su sistema político. Por ello, surgió entre sus filas una corriente de opinión que abogaba por una reforma general que eliminara todos los escollos del sistema, incluyendo los elementos garantistas que lastraban su operatividad. Estas aspiraciones fueron recogidas por un sector de la corte, igualmente interesada en reforzar el poder de las instituciones y la corona, liderada por la reina María Luisa de Gonzaga-Nevers. No obstante, y como paso previo, la reina condicionó toda reforma a la elección de un sucesor en vida para su marido (una medida conocida como «Viviente Rege»), al razonar que, de lo contrario, la reforma aplicada podía revocarse durante el interregno y el posterior proceso electoral. Por supuesto, tras aquel deseo había también afán dinástico-personal, pues la reina quería que el candidato elegido se casara antes con su sobrina, Ana Enriqueta del Palatinado, pudiendo de esta forma perpetuarse ella, junto a su linaje, al frente del trono polaco. Esta medida, despertó una gran oposición entre la nobleza, que quedó fragmentada ante la posibilidad de verse privada de uno de sus derechos más fundamentales: la elección libre de su rey²⁶.

Como candidato para suceder a su marido, la reina optó por el duque de Enghien, hijo del príncipe Condé, lo que convirtió el asunto en un problema

²⁵ Miguel CONDE PAZOS, *La Monarquía católica y los confines orientales de la cristiandad. Relaciones entre la Casa de Austria y los Vasa de Polonia*, Tesis doctoral inédita, UAM, 2016; Ryszard SKOWRON, *Olivares, los Vasa y el Báltico. Polonia en la Política internacional de España en los años 1621-1632*. Varsovia, Wydawnictwo, 2008; IDEM., *Pax i Mars. Polsko-hispańskie relacje polityczne w latach 1632-1648*, Cracovia, Historia Jagellonica, 2013.

²⁶ Robert I. FROST, *After the deluge. Poland-Lithuania and the Second Northern War, 1650-1660*, Cambridge University Press, 2003; IDEM., «The Ethiopian and the Elephant? » Queen Louise Marie Gonzaga and Queenship in an Elective Monarchy, 1645-1667», *Slavonic and East European Review*, 91, 4, 2013, pp. 788-817.

internacional. La posibilidad de que un príncipe francés ocupara el trono polaco fue pronto vista por el resto de los príncipes como una grave alteración del status quo regional. Los vecinos de Polonia ya se habían acostumbrado a convivir con un estado débil como era la república, por lo que temían cualquier resurgimiento de una autoridad fuerte en la zona. Entre los príncipes más preocupados, estaba el Elector de Brandemburgo, que durante la Segunda Guerra del Norte había logrado la soberanía plena sobre el Ducado de Prusia, amén de otras contrapartidas, recogidas en 1657 en el tratado de Wehlau-Bromberg. Tampoco la corte de Viena podía permitirse el establecimiento de un satélite francés en el flanco más oriental de sus dominios, dada la amenaza que este suponía. Al fin y al cabo, el reino de Polonia todavía tenía derechos sobre Silesia, que podían ser reclamados de manera armada, y sus comunicaciones con Hungría eran fluidas. Por todo ello, tanto desde Berlín como desde Viena se apoyó a la oposición, a la que se enviaron medios para poder hacer frente a los planes de la corona. En 1665 la nobleza opositora se alzó en armas contra Casimiro, forzándole a abandonar sus planes de reforma²⁷. A ello siguió la muerte de la reina María Luisa y, casi de inmediato, la del líder de la oposición, el mariscal Jerzy Sebastian Lubomirski, entonces refugiado en las posesiones de Leopoldo²⁸.

Los meses siguientes vieron un desarrollo muy rápido de los acontecimientos. Para Francia, la República de Polonia-Lituania era más que un mero aliado a un flanco del Imperio. Durante la década de 1660, y bajo el influjo de algunos hombres de su corte, como el Mariscal Turenne, Luis XIV había decidido incrementar su influencia en la Europa Central, aprovechando los planes dinásticos de la reina María Luisa y la inestabilidad húngara. Era la génesis de lo que los historiadores posteriores darían a llamar la “Barrera Oriental”, el establecimiento por parte de Francia de toda una serie de alianzas que atravesaban Europa desde el Báltico hasta los Cárpatos²⁹. Pero, en el caso de la Polonia de la década de 1660, se trataba de una relación íntimamente ligada a la cuestión húngara. Desde su lejanía geográfica, Luis XIV no podía enviar auxilios militares a los húngaros, dada la imposibilidad de que estos atravesaran el mar o los territorios del Imperio. Para ello, era necesaria la ayuda de un reino vecino que sirviera como trampolín, como la República de Polonia-Lituania. Esta, de ser gobernada por un príncipe francés, hubiera podido funcionar como centro de reclutamiento e intervención en la zona, e incluso un rey francés en Varsovia hubiera podido disputar a Leopoldo el trono húngaro³⁰. Todos estos planes, sin embargo, eran secundarios para el Rey Sol frente a sus planes en Flandes, siendo el objetivo principal de toda aquella política el distraer a Leopoldo del Rin. Además, sus proyectos en Polonia pronto chocaron con los intereses de los otros príncipes, como el rey de Suecia o el elector de Brandemburgo, poco deseosos de que hubiera una mayor presencia francesa en la zona. De esta forma,

²⁷ Acuerdo de Legonice, 31 de julio de 1666, Pawel JASIENICA, *Calamity of the Realm. The Commonwealth of Both Nations II*, Miami, The American Institute of Polish Culture, 1992, pp. 176-182.

²⁸ Mirosław NAGIESLKI, *Druga wojna domowa w Polsce. Z dziejów polityczno-wojskowych u schyłku rządów Jana Kazimierza Wazy*, Varsovia, Wydawnictwo Neriton, 2011, pp. 38-61; A.B. PERNAL, “The Lubomirski Rebellion in 1665-1666: Its Causes and Effects on the Diet and the Constitution of the Polish-Lithuanian Commonwealth”, *Parliaments, Estates and Representation*, Vol. 10, n°2, 1990, pp. 145-154.

²⁹ Chantal GRELL, « Par delà «Allemagne»: le Royaume de Pologne dans la géographie politique et dans le jeu diplomatique de la France entre XVIIe et XVIIIe siècles », Maciej FORYCKI, Maciej SERWAŃSKI (eds.), *La France, l'Allemagne et la Pologne dans l'Europe moderne et contemporaine (XVIe-XXe s.)*, Poznan, Instytut Historii UAM, 2003, pp. 13-40.

³⁰ Jean BÉRENGER, « Alliances de revers et coopération militaire au XVIIe siècle: la politique française en Europe Orientale », Daniel TOLLET, (Ed.), *Guerres et Paix en Europe centrale aux époques moderne et contemporaine*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2003, pp. 345-360

en diciembre de 1667, el Rey Sol llegó a un acuerdo con los enviados de Federico Guillermo de Brandemburgo por el cual se comprometía a abandonar la candidatura francesa al trono polaco, siempre y cuando este su vez permanecía al margen de la Guerra de Devolución³¹. Este acuerdo fue el primer paso de una nueva política de entendimiento de Luis XIV en la zona, apoyando, al menos en apariencia, la candidatura del príncipe de Neoburgo, quien había sido propuesto poco antes por el Elector de Brandemburgo. A esta candidatura se sumó también el rey de Suecia y, aunque únicamente de cara al exterior, el Emperador³². En septiembre de 1668, tras haber llegado a una serie de acuerdos con el rey de Francia, Juan Casimiro abdicó la corona polaca, dejando así el camino expedito a Federico Guillermo de Neoburgo³³.

La elección real subsiguiente, que se desarrolló entre los meses de mayo y junio de 1669, evidenció la incapacidad de Luis XIV de orquestar un orden en la Europa Centro-Oriental. A la elección se postularon más de una decena de candidaturas, entre las que pronto destacó la de Carlos de Lorena, sobrino del duque, quien concitó el apoyo de una parte importante de la nobleza polaca, así como del representante imperial. El otro gran candidato fue el ya citado príncipe de Neoburgo, que contó con el apoyo de la mayor parte de los potentados, en especial, el del elector de Brandemburgo. Pero el de Neoburgo no despertaba demasiadas simpatías dentro la República, entre otros motivos, porque era el candidato de las potencias extranjeras, y dentro del propio grupo francés se siguió prefiriendo al príncipe de Condé. Tampoco el representante francés en la elección, Pierre de Bonzi, se mostró claro con esta última candidatura, sumándose así al doble juego desarrollado por las diferentes diplomacias. Todo ello terminó por encender el ánimo de los nobles polacos, cada vez más cansados de los manejos entre los magnates y los enviados extranjeros, provocando el surgimiento de una tercera candidatura: la de Miguel Korybut Wiśniowiecki. Este noble polaco era hijo de uno de los héroes de las guerras contra los cosacos de las décadas de 1640, así como descendiente, por vía materna, de la familia Zamoyski, lo que le valió el apoyo de ciertos miembros de la aristocracia. A todos ellos se sumó el grueso de la baja nobleza, hastiada de príncipes extranjeros, así como de los partidarios de Lorena quienes, ante la incapacidad de imponerse a los de Neoburgo, terminaron apoyando a Miguel³⁴.

Las fuentes y los relatos de la época suelen describir la elección de 1669 como un suceso desordenado, cuyo fin ningún estadista de la época hubiera podido prever. Pero lo cierto es que, a medio plazo, fue la corte de Viena la que sacó un mejor partido, al adaptarse mejor que ninguna otra al momento. Desde un principio, la corte imperial actuó con suma ambigüedad, proclamando su apoyo a Neoburgo mientras su representante, el silesio Christoph Leopold Schaffgotsch, contactaba con los partidarios

³¹ AGS, EST, 2384, Traducción de Tratado de liga particular entre el rey de Francia y el elector de Brandemburgo. Enviado por el embajador de Alemania el 6 de abril de 1668; Derek MCKAY, *Small-power diplomacy* [...], op.cit.

³² AGS, EST, 2384, el conde de Castellar, Viena, 16 de agosto de 1668.

³³ AGS, EST, 3918, el conde de Castellar, Viena, 25 de septiembre de 1668.

³⁴ Jacek KANIEWSKI, "Finansowe kulisy walki o polską koronę po abdykacji Jana Kazimierza a przed elekcją Michała Korybuta Wiśniowieckiego w świetle raportów dyplomatów elektora brandenburskiego (1668-1669)", *Przegląd nauk Historycznych*, 2005. R. IV. nr 2 (8); Miguel CONDE PAZOS, "La elección de Miguel I como rey de Polonia a través del embajador español en Viena, el conde de Castellar (1669)", Eliseo SERRANO, (Ed.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en historia moderna*, Zaragoza, Inst. Fernando el Católico, 2013, pp. 543-558.

de Lorena³⁵. El propio conde de Castellar, en su correspondencia, no supo nunca de las intenciones últimas de este diplomático y posteriormente ligó el destino final de Auersperg a su apoyo a Neoburgo durante la elección³⁶. Podríamos pensar que tanta ambigüedad por parte de Leopoldo respondía a un afán de evitar ningún tipo de injerencia francesa en la zona. Pero, si nos atenemos únicamente a las fuentes de la diplomacia hispana, lo que vemos más bien es una pugna entre los diferentes círculos de poder de la corte vienesa, estando el de Lorena apoyado por la emperatriz madre, Leonor de Mantua, y el de Neoburgo por Auersperg y Lobkowitz. La reina Mariana, por su parte, expresó su apoyo a Lorena, si bien el embajador Castellar, siempre pesimista ante el negocio, apenas dio fuerza a su pretensión³⁷. El traspaso final de la mayor parte de los partidarios de Lorena a la candidatura de Miguel permitió a la diplomacia austriaca perfilarse como una de las vencedoras de la elección, algo en lo que tuvo mucho que ver la actividad Schaffgotsch en los momentos inmediatamente posteriores a su proclamación. Sin embargo, no parece que este desenlace respondiera a ningún cálculo extranjero, como sospecharían más tarde los enviados de Brandemburgo³⁸. Al contrario, el artífice de la candidatura de Miguel, el vice-canciller Andrzej Olszowski (1621-1677), recurrió al sentimiento de hartazgo entre la nobleza ante la intervención extranjera para ganar sus votos, siendo esta una forma de superar el enconamiento entre los partidarios de Lorena y los de Neoburgo, que amenazaba en conducir a la república a una guerra civil. Como veremos a continuación, esto dio a Olszowski un gran ascendente dentro de la corte del nuevo rey, siendo este un partidario de la Casa de Austria por lo que, apenas unas semanas más tarde, ya se empezó a hablar de un hipotético matrimonio entre el monarca y una archiduquesa austriaca. En otras palabras, a pesar de no tratarse del resultado esperado por Leopoldo, de la elección de Miguel sí que surgió una situación favorable a sus designios.

El reinado de Miguel I: facciones y alianzas extranjeras

Los estudios sobre el breve reinado de Miguel I (1669-1673) han vivido un impulso en los últimos años. Tradicionalmente, este ha sido presentado como un periodo turbulento, marcado por las discordias internas, la debilidad de la corona y la invasión turca. El propio Miguel I ha sido descrito como un rey de escasas dotes, siempre a la sombra de su mucho más brillante sucesor, Jan Sobieski. Muchas de estos comentarios se basaron en las opiniones de sus enemigos y no han sido pocos los bulos comúnmente aceptados. Esto ha ido cambiando a lo largo de los últimos años, en los que han ido apareciendo toda una serie de estudios que parecen aportar una visión más amplia y positiva, si no del reinado, sí al menos del gobernante³⁹.

³⁵ Michał J. WITKOWSKI, "Rywalizacja mocarstw europejskich w Polsce w latach 1669-1670 w ocenie cesarskiego posła Christopha Leopolda Schaffgotscha", Ryszard SKOWRON, (Ed.) *Polska wobec wielkich konfliktów w Europie. Z dziejów dyplomacji i stosunków międzynarodowych w XV-XVIII wieku*, Cracovia, Societas Vistulana, 2009, pp. 407-421.

³⁶ AGS, EST, el conde de Castellar, Viena, 17 de diciembre de 1669.

³⁷ AGS, EST, 2385, el conde de Castellar a la reina, Viena, 11 de abril de 1669.

³⁸ Anna KAMIŃSKA, *Brandenburg-Prussia and Poland. A Study in Diplomatic History (1669-1672)*, Marburg, H.G. Herder Institut, 1983, pp. 18-22.

³⁹ Joanna MATYASIK, *Obóz polityczny króla Michała Korybuta Wiśniowieckiego*, Instytut Historii PAN, Varsovia, 2011; Leszka A. WIERZBICKI, *Pospolite ruszenie w Polsce w drugiej połowie XVII wieku. Ostatnie wyprawy z lat 1670-1672*, Lublin, Wydawnictwo: UMCS, 2011; Jacek KANIEWSKI, *Sejmiki koronne wobec problemów wewnętrznych Rzeczypospolitej za panowania Michała Korybuta Wiśniowieckiego (1669-1673)*, Katowice, Wydawnictwo UŚ, 2014.

No es mucho lo que se sabe de Miguel I antes de su ascenso al trono. Los datos son oscuros y, como señala Marian Chachaj, abundan las imprecisiones⁴⁰. Nacido en 1640, de la unión de Jeremi Wiśniowiecki y Gryzelda Zamoyska, su educación quedó pronto a cargo de su familia materna, tras la temprana muerte de su padre en 1651. Instalado en Zamość, donde pasó su infancia, entró posteriormente en relación con el obispo de Wrocław, Carlos Fernando Vasa (partidario de la Casa de Austria) y la reina María Luisa, quienes se preocuparon de su formación. Fue entonces cuando destacó en una de las virtudes que más se le recuerda, su facilidad para aprender idiomas, hablando entre cuatro y ocho lenguas. Durante la invasión sueca, Miguel partió a occidente junto a la corte, visitando, entre otras partes, la corte de Fernando III. Allí, según el conde de Castellar, fue nombrado Gentil Hombre de Cámara, una información sobre la que aún existe cierto debate⁴¹. Posteriormente, regresó a Polonia, donde pasó la década de 1660 sin destacar especialmente. Su elección, en 1669, se debió más a un cúmulo de circunstancias, y al prestigio de su familia, que a su riqueza, pues las posesiones de los Wiśniowiecki se vieron sumamente perjudicadas por las guerras de las décadas de 1640 y 1650. A su favor jugaba su condición de natural, por lo que conocía bien los complejos procedimientos de la república, por no hablar de la lengua, desconocida por el resto de los aspirantes. Además, era considerado un candidato débil, carente de cualquier tipo de apoyo, tanto interno como exterior. Esto presumiblemente favoreció su elección, al impedir que, a corto plazo, se renovaran desde la corona los intentos de reforma del sistema, siendo en este sentido su elección un intento de estabilizar la vida política polaca. De hecho, el ascenso de Miguel I al trono supuso el paso al poder de una parte del ideario de la oposición, así como de muchos de sus miembros, en contraposición con el antiguo grupo de la corte, que pasó a conspirar contra el monarca⁴².

Dos fueron los retos a los que el nuevo rey hubo de hacer frente, ambos heredados del anterior gobierno. Por una parte, las discordias entre las dos grandes facciones existentes dentro de la república, austriaca y francesa, que bajo su reinado llegaron al paroxismo⁴³. Por otra, hubo de afrontar el problema cosaco, arrastrado por más de veinte años, que, al no encontrar solución, terminó desembocando en la gran invasión otomana de 1672. En general, los autores suelen hablar de un fracaso por parte del rey a la hora de hacer frente a ambos retos, terminando su reinado a punto de ser destronado, mientras Polonia era asolada por las tropas del Sultán⁴⁴. También se suele señalar la falta de un programa político por su parte, más allá del mero bloqueo a los planes de reforma anteriores. Lo cierto es que Miguel se encontró con una situación sumamente adversa, con unos instrumentos de poder y unas instituciones totalmente desprestigiadas tras los manejos de sus predecesores, quienes habían llegado a plantear el asesinato político. Más aún, los cargos en el senado y el gobierno estaban copados por figuras afines a la antigua facción de corte, que por las propias normas del sistema polaco no podían ser destituidos. A ello hay que añadir que sus propios partidarios carecieron de todo tipo de cohesión, existiendo grandes diferencias en su seno. Esto,

⁴⁰ Marian CHACHAJ, “Młodość Michała Tomasza Korybuta Wiśniowieckiego, przyszłego króla polskiego”, *Czasy Nowożytne*, Vol. 28, Varsovia, 2015, pp. 95-111.

⁴¹ AGS, EST, 2385, el conde de Castellar a la reina, Viena, 4 de julio de 1669.

⁴² Joanna MATYASIK, *Obóz polityczny [...]*, op.cit., pp. 26-39

⁴³ Jan Chryzostom Pasek fue testigo de estos enfrentamientos, dejando constancia de ellos en sus memorias: Catherine S. LEACH, (Ed.) *Memoirs of the Polish Baroque. The Writings of Jan Chryzostom Pasek, a Squire of the Commonwealth of Poland and Lithuania*, University of California Press, 1976

⁴⁴ Un ejemplo lo encontramos en Pawel JASIENICA, *Calamity of the Realm [...]*, op.cit., pp. 191-211.

sumado a lo breve de su reinado, apenas permitió a Miguel I desarrollar ningún tipo de proyecto político⁴⁵.

Para referirse a los grupos de poder existentes en aquel momento, las obras que tratan el periodo suelen hacer uso de términos como “partido francés” o “facción austriaca”. Esto responde en parte a un proceso de consolidación de las diversas facciones ya existentes, que durante las décadas de 1650 y 1660 fueron tomando unas formas cada vez más complejas. En una república aristocrática, como la polaca, los lazos de clientelismo y fidelidad nobiliaria se hicieron una constante, estableciéndose toda una serie de relaciones de carácter personal entre los diversos nobles que conformaban la comunidad política, lo que se tradujo en grupos y facciones amplias. La debilidad del propio poder central contribuyó a ello, adquiriendo los magnates, sobre todo los de las provincias más orientales, una gran influencia en los asuntos de gobierno, tanto del ámbito local como global, gracias a su riqueza económica y su capacidad de patronazgo⁴⁶. El sistema, por otra parte, contaba con una gran masa de nobleza media políticamente activa, muy presente en las provincias occidentales de la Pequeña y la Gran Polonia. Esta ya había jugado un papel decisivo en el pasado, siendo el núcleo de los dos «Rokosz» (o rebeliones armadas legales contra la corona) que habían estallado en 1607 y 1665. Bajo el gobierno de los Vasa, los propios reyes jugaron un papel activo en este juego de facciones, aprovechando sus prerrogativas en el nombramiento de cargos para crear clientelas afines (una estrategia, sin embargo, que, como ya señaló Robert I. Frost, tuvo grandes limitaciones)⁴⁷. También las potencias vecinas se aprovecharon de esta circunstancia para inmiscuirse en la vida interna polaca, aproximándose a determinados sujetos o grupos. Para la década de 1660, esto no solo incluía a las dos grandes casas de Europa, la Austria y la Borbón, sino también a los duques de Moscovia y, sobre todo, a los gobernantes de Brandemburgo⁴⁸.

A partir de 1658, esta dinámica de facciones dio un paso más allá, cuando la reina María Luisa, con el fin de llevar adelante sus planes, empezó a constituir un grupo aún más amplio y cohesionado⁴⁹. Para ello, se valió de la capacidad de su marido de nombrar cargos, así como del apoyo económico llegado desde la corte de francesa, tanto de Luis XIV como de la familia Condé. Pero, en su constitución, también añadió toda una serie de elementos de carácter cultural e ideológico, que incluyeron la introducción en la república de aspectos propios de la cultura francesa (como su teatro, su vestimenta y las gacetas) y la asunción de un programa político que tenía como eje central la reforma y la elección de un rey francés. Estos elementos elevaron a este grupo por encima de las facciones nobiliarias tradicionales, por lo que en ocasiones ha sido llamado “partido francés”, si bien careció de las características propias de lo que hoy

⁴⁵ Joanna MATYASIK, *Obóz polityczny* [...], op.cit.

⁴⁶ Anton MAĆZAK, “The structure of power in the Commonwealth of the sixteenth and seventeenth centuries”, J.K. FEDOROWICZ, Maria BOGUĆKA, Henryk SAMSONOWICZ, (Eds.) *A Republic of Nobles: Studies in Polish History to 1864*, Cambridge University Press, 1982, pp. 109-135.

⁴⁷ Robert I. FROST, “Obsequious Disrespect: the Problem of Royal Power in the Polish-Lithuanian Commonwealth under the Vasas, 1587-1668”, Richard BUTTERWICK, (Ed.), *The Polish-Lithuanian Monarchy in European context c. 1500-1795*, New York, Palgrave, 2001, pp. 150-172.

⁴⁸ Anna KAMIŃSKA, *Brandenburg-Prussia and* [...], op.cit. p. 20; sobre esta problemática me refiero a los trabajos recogidos en: *Librosdelacorte.es*, Monográfico 2, año 7, 2015 (número editado por Rubén González Cuerva y Valentina Caldari).

⁴⁹ Maciej SERWANSKI, “La Politique de la France à l’égard de la Pologne pendant la Seconde Guerre du Nord (1655-1660)”, Daniel TOLLET (Coord.), *Guerres et paix en Europe central aux époques moderne et contemporaine*. Paris, Université de Paris-Sorbonne, 2003, pp.545-563

entendemos como partido⁵⁰. Frente a este grupo, la oposición, conformada por todos aquellos que se oponían a los planes de reforma de la reina, incluyendo a los partidarios de la Casa de Austria. Estos últimos habían estado presentes en la república desde hacía décadas, con especial influencia entre el clero y los lituanos. Pero, en su conjunto, la oposición carecía de la misma cohesión del grupo francés (a pesar de los intentos del barón de Lisola de consolidar un bloque más férreo). Al contrario, esta integró en sus filas a todo un conjunto de sujetos con intereses muy diferentes, y apenas contaba con un programa político común, más allá del mero bloqueo de los planes de la reina. La influencia cultural austriaca era, por otra parte, mucho más reducida, potenciándose en cambio un culto propio, el sarmatismo, que ensalzaba la libertad política y personal, así como el elemento indígena frente a lo extranjero. Estos factores fueron claves para entender la elección de Miguel I y lo serían más adelante en la de Jan Sobieski⁵¹.

Como ya hemos señalado, la elección de Miguel I supuso el paso de la mayoría de los integrantes del grupo de corte a la oposición, siendo denominados a partir de entonces por las fuentes españolas como los partidarios de Francia, o los malcontentos. De entre sus filas, destacaron dos figuras por su autoridad: la del Primado Mikołaj Prażmowski (1617-1673) y la del Gran Mariscal, Jan Sobieski (1629-1696). Fue este último quien, ante la situación de emergencia que vivió la república durante los años siguientes, y dada su autoridad militar, aumentó más su influencia. Otros miembros fueron Jan Andrzej Morsztyn (1621-1693), tesorero de la corona y uno de los mejores exponentes de la aceptación de la cultura francesa en Polonia; y Krzysztof Grzymułtowski, castellano de Poznań. Todos ellos siguieron defendiendo el ascenso al trono de un príncipe francés, en este caso, el del joven el príncipe Charles-Paris d'Orléans-Longueville, conde de Saint-Pol (1649-1672). No obstante, no tardaron en surgir discrepancias en su seno en cuanto a la forma de actuar, surgiendo dos tendencias. Una, de corte moderada, actuó de manera pasiva, resistiéndose al rey en la dieta o, simplemente, retirándose a sus estados como forma de protesta⁵². Luego estuvo la opción radical, la de aquellos que optaron por la conspiración contra el rey. Ya en junio de 1670, el conde de Castellar comunicó a Madrid una primera trama deshecha en la dietina de Poznań, en la que habían estado involucrados Morsztyn, Grzymułtowski y las diplomacias de Francia y Brandemburgo⁵³.

El grupo de la corte era mucho más heterogéneo, destacando en él dos grandes figuras: el ya citado vice-canciller Olszowski y el canciller de Lituania, Krzysztof Pac (1621-1684). Este último se había incorporado a la candidatura de Miguel I de manera tardía y la base de su autoridad residía en Lituania, donde su familia había obtenido cierto grado de preeminencia respecto al resto de los linajes durante la última década. A ellos había que sumar toda una serie de nobles que, de una manera u otra y en ocasiones de manera puntual, prestaron su apoyo al rey, como su pariente, Dymitr Jerzy

⁵⁰ Joanna MATYASIK, *Obóz polityczny [...]*, op.cit., pp. 9-11; Maciej SERWAŃSKI, "Kształtowanie się stronnictwa profrancuskiego na dworze polskim w wiekach XVI i XVII". Ryszard SKOWRON, *Dwór a kraj. Między centrum a peryferiami władzy*. Cracovia, Zamek Królewski na Wawelu, 2003, pp. 219-232.

⁵¹ Beata BIEDROŃSKA-SŁOTA (Ed.), *Sarmatism. A Dream of Power*, Cracovia, 2010; Henryk OLSZEWSKI, "The Political System and Political thought in Poland during the Reign of John Sobieski", *Acta Polonia Historica*, 52, 1985, pp. 87-103.

⁵² Joanna MATYASIK, *Obóz polityczny [...]*, op.cit., pp. 36-40.

⁵³ Archivo General de Simancas, Sección Estado (AGS, EST), 2386, el conde de Castellar, 19 de junio de 1670.

Wiśniowiecki⁵⁴. Pero estos partidarios carecieron de la solidez de sus enemigos, existiendo toda una amalgama de intereses y opiniones en el gobierno, lo que incluía a la política exterior. El hombre fuerte, al menos en un primer momento, fue Olszowski, quien, como ya vimos, fue un decidido defensor de la alianza con Viena. Pero existían grandes diferencias en cuanto al grado de compromiso que se debía alcanzar con esta corte, en especial, en lo que se refería al problema turco. En este punto, Olszowski apoyaba algún tipo de alianza que sirviera para frenar la expansión otomana, coincidiendo en esto con la diplomacia papal, que por esas mismas fechas trataba crear un gran bloque que incluyera también a Moscovia⁵⁵. Otros, en cambio, temían verse involucrados a una guerra con la Puerta por culpa de los problemas austriacos en Hungría, por lo que abogaron únicamente por la firma de acuerdos puntuales⁵⁶. El propio rey se mostró ambiguo ante esta cuestión, teniendo además presente el perjuicio que estaban causando las medidas impuestas por Leopoldo en Hungría sobre algunos de sus súbditos (particularmente a Stanisław Herakliusz Lubomirski, conde de Spiš)⁵⁷. La hegemonía de Olszowski al frente de los asuntos internacionales, por otra parte, no tardó en ponerse en entredicho, dados sus fracasos a la hora de resolver los contenciosos con Brandemburgo y el Imperio Otomano. Frente al Vice-canciller no tardó en alzarse la figura de Krzysztof Pac, interesado en desplazar a este al frente de los asuntos del gobierno, utilizando para ello sus fracasos en política exterior. Entre sus acusaciones, la de ser demasiado complaciente con los intereses del Emperador. De hecho, el enfrentamiento entre Olszowski y Pac marcó los últimos años del reinado de Miguel, buscando el lituano el apoyo del Gran Canciller polaco, Jan Leszczyński (enemigo de Olszowski), mientras este, a su vez, entraba en contacto con las otras familias de Lituania, enemigas de los Pac⁵⁸. Ninguno de las dos partes logró nunca desplazar a la otra, desgastando en cambio la autoridad del rey.

La embajada del III conde de Fernán Núñez

La corte imperial fue siempre muy consciente de aquella situación y de la débil posición de Miguel I. De ello dieron puntual cuenta sus diferentes enviados, el embajador Schaffgotsch y los residentes Augustin von Mayerberg y Piotr Stomm. Algunos de sus informes llegaron a la propia corte madrileña, estando hoy en día conservados en el Archivo General de Simancas⁵⁹. En Viena también existieron diferencias en cuanto al grado de compromiso que se debía adoptar con los polacos. Por una parte, Leopoldo I consideraba a Miguel I como un aliado útil, toda vez que cualquier alternativa a su gobierno pasaba forzosamente por el encumbramiento de un príncipe francés. Por ello, trato de apoyarlo, reforzando en todo lo que pudo su posición. La unión entre las dos partes vino marcada por el matrimonio entre el rey y la

⁵⁴ Joanna MATYASIK, *Obóz polityczny [...]*, op.cit, pp. 33-35

⁵⁵ Gaetano PLATANIA, *Rzeczpospolita, Europa e Santa Sede fra intese ed ostilità. (Saggi sulla Polonia del Seicento)*. Viterbo, Sette citta, Cespom, 2000, pp. 79-117.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 190-202; Como señaló Balbases, esto hacía impracticable una Liga, pues esta debía pasar irremediabilmente por la aprobación de la dieta. AGS, EST, 2388, el marqués de los Balbases, Viena, 4 de junio de 1671

⁵⁷ Este era hijo de Jerzy Sebastian Lubomirski, anterior líder de la oposición: Kazimierz PRZYBOŚ, “Stanisława Herakliusza Lubomirského „Informacyja potrzebna bardzo Rzeczypospolitej 1671 o prawie własnym i dziedzicznym, które ma Rzeczpospolita do Spisza...””, *Zeszyty sądecko-spiskie*, tom 7, 2012–2013, pp. 10-12.

⁵⁸ Joanna MATYASIK, *Obóz polityczny [...]*, op.cit, pp. 106-126.

⁵⁹ AGS, EST, 2390, extracto de las relaciones hechas por el barón de Stomm

archiduquesa Leonor María Josefa (1653-1697), el cual se arregló con una rapidez inusitada⁶⁰. Esto al menos aseguró la influencia austriaca en los asuntos polacos durante su reinado, apoyada a su vez por una serie de ministros cercanos a la Casa de Austria (destacando entre todos ellos el obispo, y posteriormente primado, Kazimierz Florian Czartoryski)⁶¹. La reina, por otra parte, se llevó consigo a un secretario español, de nombre Ximénez, lo que dio cierta presencia hispana a su séquito⁶². Leopoldo I también trató de reforzar el prestigio de Miguel, quien al fin y al cabo carecía de sangre real, pidiendo a la reina Mariana que le nombrara miembro de la orden del Toisón de Oro, algo que se aprobó de manera secreta el 21 de agosto de 1669⁶³.

Pero en Viena también eran conscientes de que la inestabilidad del gobierno de Miguel podía afectar a sus compromisos con el exterior, siendo una vez más la unión contra la Puerta Otomana la que marcó los límites. En este punto, los ministros de Leopoldo, al igual que los polacos, temían verse arrastrados a una guerra con el Sultán por culpa de los conflictos entre cosacos y polacos, siendo Miguel I un aliado poco fiable ante las presiones que pudieran surgir desde el interior⁶⁴. Los embajadores españoles en Viena mantuvieron una posición propia (si bien la defendieron de una forma muy discreta), oponiéndose a la creación de un gran bloque polaco-austriaco, dadas las consecuencias que podía acarrear a la propia Monarquía. Entre ellas, estaba el hecho de que probablemente distraería a Leopoldo I de los asuntos del Rin, por no hablar de que, de tener el éxito, podía disuadir al Sultán de avanzar en esa dirección, apuntando en cambio hacia Italia⁶⁵.

Dejando de lado esta cuestión, en Madrid se estuvo de acuerdo con la relación establecida con la corte polaca y la reina Mariana, en concreto, se mostró satisfecha con la unión entre su hermana y el nuevo rey⁶⁶. Ciertamente es que Polonia no despertaba las mismas expectativas geopolíticas de antaño, cuando se planteó que sirviera de trampolín hacia el Báltico, pero aún seguía siendo un aliado valioso que, además de garantizar a Leopoldo su flanco más oriental, estaba presente en las relaciones con otros príncipes, como eran el elector de Brandemburgo y el rey de Suecia. Desde Madrid se trató de cuidar esta relación, por lo que fue de obligado cumplimiento el envío de una embajada extraordinaria para felicitar al rey por su ascenso⁶⁷. Para realizar esta función, se eligió a

⁶⁰ El conde de Castellar narró de primera mano estas negociaciones, señalando la predisposición que Leopoldo mostró de pagar una dote de 500.000 florines en dos años. AGS, EST, 2386, el conde de Castellar a la reina, Viena, 17 de diciembre de 1669.

⁶¹ Joanna MATYASIK, *Obóz polityczny [...]*, op.cit p. 195; Sobre la reina Leonor: J.B. CUSSON, *Histoire abrégée de la vie d'Eleonor-Marie, Archiduchesse d'Autriche, Reine de Pologne, Duchesse de Lorraine*, Nancy, 1725.

⁶² Cezary TARACHA, "Descripción española de la Polonia de los años 70 del siglo XVII". *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*. Nº 15, 1995, pp. 195-208.

⁶³ Alfonso DE CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, (Dir.), *La Insigne Orden del Toisón de Oro*. Madrid, Fundación Carlos III, 2000, p. 363.

⁶⁴ AGS, EST, 2388, Consejo de Estado, 20 de junio de 1671

⁶⁵ Esta posibilidad ya fue advertida por el conde de Castellar en una carta cifrada, la misma en la que anunciaba la unión entre Miguel I y la archiduquesa Leonor: AGS, EST, 2386, el conde de Castellar a la reina gobernadora, Viena, 17 de diciembre de 1669.

⁶⁶ AGS, EST, 2386, el conde de Castellar, Viena, 27 de marzo de 1670; Consejo de Estado, 8 de mayo de 1670

⁶⁷ Esto ya se había hecho con Ladislao IV (viajando el conde de Siruela a la zona en 1634) y Juan Casimiro (misión de Juan de Borja, 1651). No se realizó con Segismundo III ni Esteban Bathory, dado el enfrentamiento de estos reyes con la corte de Viena tras su advenimiento.

Francisco Gutiérrez de los Ríos, III conde de Fernán Núñez, quien concitaba en su persona riqueza y habilidad diplomática⁶⁸.

No es mucha la información que se conserva sobre esta misión. Ya en su estudio sobre las embajadas españolas en Polonia (que realizó como parte de su apéndice de la traducción de la obra de Renaud Przewdzicki), Miguel Gómez Campillo, gran conocedor de los archivos hispanos, llamó la atención sobre la ausencia de documentos, no hallando registros ni siquiera en el archivo de la familia Fernán Núñez⁶⁹. Más adelante, Cezary Taracha halló más fuentes para su trabajo sobre la descripción de Polonia que se conserva en el Archivo Histórico Nacional, de la que hablaremos más adelante⁷⁰. Nosotros, por nuestra parte, hemos realizado pesquisas en el Archivo General de Simancas, así como en el Histórico Nacional, si bien el documento hallado más importante, el memorial que el conde envió posteriormente a Madrid dando cuenta de toda su misión, se encuentra incompleto⁷¹. A pesar de todo, gracias a estos papeles podemos saber que se trató de una embajada breve, de corte estrictamente protocolario (pasando posteriormente el Conde a Estocolmo, donde residió varios años). Como paso previo, Fernán Núñez viajó a Viena donde, tras las correspondientes entrevistas con el Emperador, se preparó para su misión. Esta se sabía difícil, toda vez que la Monarquía no contaba con ninguna infraestructura en la zona y el Emperador solo mantenía un residente (Mayerberg). Tampoco era costumbre que los polacos dieran coche y posada a los enviados extranjeros, lo que disparó los dispendios a la hora de mantener el decoro⁷². De esta forma, el conde hubo de adquirir toda una serie de bienes (“trastos inexcusables y ponerse un tren como si fuera un año”), los cuales corrieron de su bolsillo, no teniendo esperanza alguna de recuperar los gastos⁷³. De hecho, Fernán Núñez sabía que la corona no podía pagarle en aquel momento, por lo que a cambio pidió un grado militar. Su viaje lo inició a principios de septiembre, atravesando 140 leguas hasta llegar a la corte de los reyes. Antes de entrar en ella, y siguiendo el consejo del conde de Castellar, contactó con el residente Mayerbeg, que le aleccionó sobre el protocolo polaco. Poco más sabemos del resto de su misión: Fernán Núñez tuvo un primer encuentro con Miguel I y su esposa al poco de llegar, dándoles la enhorabuena por su exaltación al trono y su reciente matrimonio⁷⁴. Apenas pasó unos días más en Polonia, dejando a los reyes, antes de marchar, dos retratos, uno de Carlos II y otro de la reina Mariana⁷⁵.

Esta falta de información contrasta con la gran cantidad de documentos y memoriales sobre Polonia que llegaron a la corte madrileña durante estos años, ya fuera

⁶⁸ Archivo Histórico Nacional, Sección Estado (AHN, EST), 2661, f. 193, Consejo de Estado, 10 de enero de 1670, y f. 218, Credenciales del conde Fernán Núñez al Emperador; Sobre el conde: Carolina BLUTRACH, *El III conde de Fernán Núñez, 1644-1721*, Madrid, Marcial Pons, 2014.

⁶⁹ Renaud PRZEDZIECKI, “Embajadas españolas”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, nº 123, 1949, pp. 583-584.

⁷⁰ Cezary TARACHA, C., *Descripción española* [...], op.cit.

⁷¹ AGS, EST, 2386, Relación del conde de Fernán Núñez de su misión en Polonia, 4 de noviembre de 1670

⁷² AGS, EST, 2386, el conde de Fernán Núñez a la reina, 4 de septiembre de 1670. Aquí podría surgir cierta controversia, pues algunos enviados como el Almirante de Aragón (1597), o el conde de Solre (1636) sí que se habían beneficiado de estos privilegios.

⁷³ AGS, EST, 2386, el conde de Fernán Núñez a la reina, Viena, 28 de agosto de 1670.

⁷⁴ AGS, EST, 2386, Relación del conde de Fernán Núñez de su misión en Polonia, 4 de noviembre de 1670

⁷⁵ AGS, EST, 2386, Consejo de Estado, sd., Noviembre de 1670

a través de la embajada española en Viena o del representante de Leopoldo en Madrid, el conde de Pötting. Entre ellos destaca una relación de la entrada de la nueva reina en Varsovia, o un memorial que narraba la forma en que se había dado el Toisón de Oro a Miguel I⁷⁶. El propio conde de Fernán Núñez contribuyó a esta riqueza documental, pudiendo ser el autor, según Cezary Taracha, de una detallada descripción del reino de Polonia que data por esas fechas⁷⁷. Asimismo, el Conde realizó toda una serie de reflexiones en torno al reino en su obra “El hombre práctico o Discursos varios sobre su conocimiento y enseñanzas” (Bruselas, 1680).

La Guerra Polaco-Turca y la relación con Roma (1672-1673).

No hay duda de que el tema que más interés suscitó en la corte madrileña sobre Polonia fue el estallido de la guerra con la Puerta en 1672. Este conflicto, que se alargó hasta 1676, fue consecuencia del largo contencioso surgido con los cosacos de zaporozhia durante la década de 1640 y, más recientemente, de la firma de la Paz de Andrusovo de 1667, que estableció la división de Ucrania en dos esferas de influencia, una polaca y otra moscovita. Esto supuso la escisión de los cosacos en dos grupos, sufriendo estos una merma progresiva de sus derechos y su autonomía. En un intento de revertir esta situación, Petró Doroshenko, atamán de la orilla derecha del Dniéper (es decir, la parte polaca), buscó la protección del Sultán otomano, obteniendo entretanto el apoyo de los tártaros⁷⁸. Estos primeros movimientos coincidieron en el tiempo con los últimos intentos de Juan Casimiro por llevar adelante su reforma, así como con los últimos años de la Guerra de Candia, si bien el conflicto se recrudeció durante los años siguientes⁷⁹. Entre 1670 y 1671, los avisos llegados a Madrid sobre este tema se multiplicaron, señalando, entre otras cuestiones, el apoyo dado por Mehmed IV a los cosacos a través de sus jenizaros, lo que apuntaba a una próxima intervención⁸⁰. Cabe señalar que, por esas mismas fechas, en Madrid se seguía con suma atención todo movimiento realizado por la Puerta, no solo por el temor a que estallara un nuevo conflicto en Hungría (esta vez, en apoyo de los rebeldes), sino también por la propia amenaza que sus fuerzas suponían para Italia⁸¹. Al fin y al cabo, la pérdida de la isla de Candia, en 1669, había supuesto un cambio en la situación del Mediterráneo, estando situadas Nápoles y Sicilia como nueva vanguardia de la cristiandad⁸². La constante concentración turca de fuerzas en torno a Adrianópolis obligó por otra parte a Leopoldo I a desviar gran parte de sus fuerzas hacía Hungría, reforzando así la política de Lobkowitz⁸³. Todo ello explica la buena acogida que tuvo en Madrid la noticia del estallido de la guerra turco-polaca, la cual, a corto plazo, disipó todas las dudas,

⁷⁶ AGS, EST, 2386, Relación de la entrada de Polonia, Varsovia, 17 de marzo de 1670;

⁷⁷ Cezary TARACHA, *Descripción española* [...], op.cit. Esta relación está en: AHN, EST, L. 727

⁷⁸ Dariusz KOŁODZIEJCZYK, *Ottoman-Polish Diplomatic Relations (15th-18th Century): An Annotated Edition of 'ahdnames and Other Documents*. Leiden, Brill, 2000, pp. 143-148.

⁷⁹ AGS, EST, 2382, Traducción de carta del barón Meyer a Leopoldo I, Varsovia, 4 de enero de 1667.

⁸⁰ AGS, EST, 2386, Consejos de Estado, 12 de marzo y 2 de julio de 1670; AGS, EST, 2388, cartas del el marqués de los Balbases, Viena, 21 de mayo y 4 de junio de 1671; Consejos de Estado del 8 de julio, 30 de diciembre y 31 de diciembre de 1671.

⁸¹ AGS, EST, 3394, Copia de carta del príncipe de Ligni a Pedro Fern. Campo, Palermo, 21 de noviembre 1670; Consejo de Estado, 30 de enero de 1670; copia de capítulo de carta del Gran Maestre de Malta al príncipe de Ligni, 6 de mayo de 1671

⁸² M^a Pilar MESA CORONADO, “Sicilia en la estrategia defensiva del Mediterráneo (1665-1675)”, Porfirio SANZ CAMAÑES, *Tiempo de Cambios*, Madrid, Actas, 2012, pp. 387-413.

⁸³ AGS, EST, 2388, el marqués de los Balbases, Viena, 22 de octubre de 1671.

permitiendo a Leopoldo I volver concentrarse en los asuntos del Rhin, lo que fue más importante aún en aquel momento, en el que Balbases estaba trabajando para que el Emperador firmara un acuerdo con los holandeses contra Francia⁸⁴.

La guerra turco-polaca se convirtió así en un elemento importante dentro de la estrategia global de los españoles en Europa. No obstante, también tuvo sus costes, sobre todo de cara a la relación con Roma, cuya diplomacia corría en aquellos años en un sentido totalmente contrario a la española. La caída de Candia había situado a Italia como nuevo frente en el Mediterráneo y ya Clemente IX había impulsado la creación de una Liga Cristiana para hacer frente a esta amenaza⁸⁵. Su sucesor, Clemente X, continuó con esta política con un vigor aún mayor, dando instrucciones a sus nuncios en Madrid para que se enviaran poderes a sus embajadores en Roma con los que negociar⁸⁶. Al mismo tiempo, y como ya vimos, trató de establecer un bloque en el sureste de Europa, que uniera a las cortes de Viena y Varsovia (misión de Francesco Nerli)⁸⁷. Esta política se vio obstaculizada por el estallido de la guerra franco-holandesa, trabajando la diplomacia vaticana por una paz que reconciliara a los príncipes cristianos, aunque fuera únicamente a los católicos. De la misma forma, presionó a Leopoldo I para que no entrara en la guerra de Holanda, y enviara en vez de ello ayudas a su cuñado Miguel. Dicha política iba, como ya vimos, diametralmente en contra de los intereses de los españoles en Europa, lo se tradujo en constantes choques entre los nuncios y los ministros de Carlos II. En Viena, por ejemplo, causó conmoción la instancia hecha por el nuncio Mario Alberizzi para que Leopoldo I revocara el envío de tropas al Rhin, pidiendo en cambio que estas fueran al auxilio de Miguel I⁸⁸. También en Madrid hubo choques con el nuncio, Galeazzo Marescotti, quien conocía de primera mano la compleja situación que se vivía en Polonia, pues había sido nuncio en Varsovia entre los años 1668 y 1670. Suyos son la mayoría de los memoriales que manejó la corte durante aquellos meses, señalando en ellos la conveniencia de enviar ayudas a los polacos, tanto para el beneficio de la cristiandad, como para la conservación de Sicilia⁸⁹. Marescotti se convirtió así en el principal apoyo de Miguel I en la corte de Madrid, habiendo solicitado este rey ayuda a Carlos II en marzo de 1672⁹⁰. La actividad del nuncio, sin embargo, terminó por agotar la paciencia de los ministros hispanos, sobre todo cuando, durante el otoño de ese mismo año, empezó a presionar para que se alcanzara una paz rápida con los franceses, aunque fuera a costa de grandes concesiones a Luis XIV⁹¹. El Consejo de Estado tomó muy mal estas propuestas, creyendo ver detrás de ellas la mano

⁸⁴ AGS, EST, 2389, el marqués de los Balbases, 9 de mayo de 1672; Consejos de Estado del 6 y 7 de junio y 9 de julio de 1672.

⁸⁵ Charles TERLINDEN, *Le Pape Clement IX et la guerre de Candie (1667-1669) d'après les archives secrètes du Saint-Siège*, Louvain, Typographie Charles Peeters, 1904, pp. 279-292.

⁸⁶ AGS, EST, 2390, memorial entregado por el Arzobispo de Corinto, nuncio en Madrid, s.f.

⁸⁷ AGS, EST, 3044, el secretario al Consejo de Estado, 2 de diciembre de 1670; AGS, EST, 3045, Consejo de Estado, 14 de agosto de 1671; AGS, EST, 2388, Cartas del marqués de los Balbases del 12 de marzo y 4 de junio de 1671; Consejos de Estado, 20 de junio y 23 de noviembre de 1671.

⁸⁸ Para ello, Alberizzi no solo acudió a los ministros de Leopoldo, sino también a la Emperatriz Leonor, con escaso éxito. AGS, EST, 2388, El marqués de los Balbases, 6 de octubre de 1672; Consejos de Estado del 15 de noviembre y 16 de diciembre de 1672.

⁸⁹ AGS, EST, 2391, El arzobispo de Corinto, nuncio en Madrid, s.f.; AHN, EST, L727, *Conseguenze dannose et utili dal non dare es dare soccorse alla Polonia*, s.f.

⁹⁰ AGS, EST, 2389, el rey Miguel I al rey, Varsovia, 25 de marzo de 1672; Consejo de Estado, 24 de marzo de 1672.

⁹¹ Estas incluían la cesión en temas como los de Cleves o Lorena, así como el abandono del resto de los aliados: AGS, EST, 2390, el arzobispo de Corinto a la reina, s.f.

del propio Papa, lo que no fue óbice para que el nuncio fuera amonestado⁹². Lo mismo ocurrió en Viena, donde Alberizzi trató de influir sobre la conciencia de Leopoldo para que auxiliara a su cuñado católico y no a los calvinistas de Holanda⁹³. Desde Madrid, por otra parte, se ofreció como ayuda a los polacos la concesión de las Décimas Eclesiásticas de Italia, las cuales debían ser negociadas antes en Roma. Estas ya habían sido utilizadas durante la década previa, con motivo de las guerras austro-turca y la de Candia, pero en esta ocasión, la negociación fue larga y complicada, debido en parte a la negativa de Clemente X y sus ministros de repetir las condiciones en las que se habían concedido en 1661 (y, más concretamente, su resistencia a respetar el “*Exequatur*” real)⁹⁴. Estas sumas debían pasar antes por Leopoldo I, quien prometió enviarlas a los embajadores de Miguel I en 1673⁹⁵.

La situación militar de los polacos empezó a empeorar a lo largo del verano de 1672, ensombreciendo así las perspectivas de los españoles en la zona. Desde un principio, Balbases ya había señalado las pocas posibilidades que tenía el ejército polaco para poder hacer frente a aquella invasión, que estimó en unos 50 o 60.000 hombres. El objetivo inicial otomano era la fortaleza de Kamianéts-Podilskyi, en Podolia, desde donde el Sultán podía asentar su propia posición frente a los tártaros y cosacos, dificultando entretanto el paso de los polacos hacia Moldavia⁹⁶. Esta plaza cayó a finales de agosto, tras varios días de asedio, marchando a continuación los turcos hacia la ciudad de Leópolis, situada a escasos 300 kilómetros de Cracovia. Esta cercanía de las fuerzas turcas a la frontera bohemia causó una gran alarma en Viena, impulsando a Leopoldo a tomar un papel más activo en el conflicto⁹⁷. Para él, la república era un “antemural” de máxima importancia, que protegía a sus estados y que, en caso de caer, podía producir un efecto dominó sobre Silesia, Moravia y Hungría. Por de pronto, el avance turco ya había provocado graves grietas en el endeble equilibrio establecido en la zona en 1669 tras la elección de Miguel I, con los malcontentos polacos tratando de nuevo de poner a un príncipe francés en el trono y los húngaros alzados en armas⁹⁸. Y para remediarlo, el Emperador buscó de nuevo el apoyo de la corte de Madrid.

⁹² AGS, EST, 2390, Consejo de Estado, 25 de diciembre de 1672; AGS, EST, 2391, Consejo de Estado, 18 de enero de 1673. En esta ocasión el Consejo afirmó: “no puede encubrir el nuncio, aunque lo pretende disfrazar con los hermosos colores, de que se vale de la invasión de Polonia por el turco y de hallarse expuestos al mismo riesgo Hungría y Sicilia, que todo el objeto de su papel se encamina a censurar y tachar las asistencias que V.Maj. ha dado a los olandeses”; cabe señalar que Marescotti había llegado a la corte madrileña recomendado por la reina Leonor de Polonia, que lo había descrito como un fiel servidor de la Casa de Austria: AGS, EST, 2388, Consejo de Estado, 17 de febrero de 1671.

⁹³ AGS, EST, 2391, Copia de traducción de un papel que puso en manos de Su Maj. Ces. El nuncio, 29 de diciembre de 1672; Consejo de Estado, 15 de febrero de 1673.

⁹⁴ AHN, Santa Sede, 72, F. 133, El rey al cardenal Nithard, (1674). La resolución del rey en este punto era clara y el Exequatur que debía preceder a su concesión era “una regalía tan asentada que de ninguna manera es disputable”.

⁹⁵ AGS, EST, 2391, Consejo de Estado, 5 de marzo de 1673; sobre las Décimas: Lucía CARPINTERO AGUADO, “Las décimas eclesiásticas en el siglo XVII: un subsidio extraordinario”, Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO, *Monarquía Imperio y Pueblos en la España Moderna*, Universidad de Alicante, 1997, pp. 747-756.

⁹⁶ AGS, EST, 2389, el marqués de los Balbases, Naydorf, 9 de mayo de 1672. Esto tenía un gran sentido estratégico para los turcos, que de esta forma se aseguraban su posición frente a sus aliados cosacos y tártaros, cortando el paso de los polacos hacia Moldavia.

⁹⁷ Al fin y al cabo, el ejército turco podía virar en cualquier momento hacia Hungría, y el propio gran visir envió un agente a Viena advirtiendo de graves represalias si no se respetaba la capitulación. AGS, EST, 2389, Consejos de Estado, 2 de febrero y 11 de marzo de 1672.

⁹⁸ AGS, EST, 2390, el marqués de los Balbases, Viena, 20 de octubre de 1672; Consejo de Estado, 16 de diciembre de 1672.

A finales de octubre, el conde de Pötting entregó un memorial en Madrid en el que recogía todos estos problemas, señalando lo delicado de la situación de Leopoldo. A este añadió un pedido urgente de nuevos socorros, así como el aumento de las mesnadas acordadas de los 30.000 a los 50.000 escudos. De lo contrario, advertía, el Emperador (quien, según Balbases, ya se había gastado un millón solo en prevenciones) se vería forzado a replegarse del Rin, dejando de lado el acuerdo recientemente alcanzado con el elector de Brandemburgo⁹⁹. Este ultimátum, analizado por el Consejo de Estado a finales de noviembre de 1672, volvió a poner sobre la palestra las disensiones existentes dentro la corte respecto a la estrategia en Europa y, más concretamente, a la política de colaboración dinástica, repitiéndose en cierta medida la estampa que ya se había vivido durante el verano, cuando se discutió la aprobación de nuevos subsidios¹⁰⁰. Una vez más fueron el conde de Peñaranda y el cardenal de Aragón quienes se mostraron más reticentes a aprobar nuevas sumas, porque, si bien consideraban que la presencia de las fuerzas imperiales en el Rin era la única forma de seguir adelante con la guerra, juzgaban suficientes las cantidades suministradas por las Décimas Eclesiásticas para las ayudas a Polonia y Hungría. Por la parte contraria se declararon el duque de Alburquerque, el marqués de La Fuente y el Condestable y el Almirante de Castilla, quienes destacaron la importancia que tenía la intervención de las fuerzas de Leopoldo en la zona, aunque fuera en las fronteras del Imperio, al desviar a los franceses de los Países Bajos. El más decidido de todos ellos fue el duque de Alburquerque, que se enzarzó en un largo discurso en el que rememoró todos los logros obtenidos por la política colaboración dinástica, desde el sitio de Viena de 1529, abogando por el envío inmediato de 100.000 reales. Según él, esto tendría más valor que remitirlos al conde de Monterrey en Bruselas o a las defensas de Cataluña, pues la guerra se decidiría en Flandes y el conde poco podría reclutar sin el concurso alemán. El resto del consejo estuvo de acuerdo, dejando la cifra final abierta a la espera de que llegaran los galeones de América. La reina aprobó esta resolución, así como los 100.000 reales, que posteriormente pasarían a ser escudos¹⁰¹.

Finalmente, la ciudad de Leópolis no cayó, para alivio de muchos. En vez de ello, sus habitantes tuvieron de pagar un pesado rescate a los invasores. De hecho, en octubre Miguel I llegó a un acuerdo con los turcos (tratado de Buczacz), por el que se estableció la entrega de Podolia y la mitad de Ucrania, así como el pago de un tributo anual de 22.000 taleros¹⁰². Estas cláusulas fueron duramente criticadas por el resto de los príncipes (también por el Consejo de Estado español), al considerarlas como poco decorosas, sobre todo por el último de los puntos, el tributo, que situaba a la república como un estado más dependiente de la Puerta. El acuerdo encontró una gran contestación también dentro de la propia Polonia, y a principios de diciembre el marqués de los Balbases ya señaló lo difícil que sería su ratificación en la dieta¹⁰³.

⁹⁹ AGS, EST, 2390, el embajador de Alemania, Madrid, 31 de octubre de 1672; Consejo de Estado, 30 de octubre de 1672.

¹⁰⁰ AGS, EST, 2390, Consejo de Estado, 9 de julio de 1672.

¹⁰¹ AGS, EST, 2390, Consejo de Estado, 25 de noviembre de 1672; AGS, EST, 2391, Consejo de Estado, 26 de febrero de 1673.

¹⁰² AGS, EST, 2390, Consejo De Estado, 25 de diciembre de 1672

¹⁰³ AGS, EST, 2390, el marqués de los Balbases, 3 de noviembre de 1672.

Miguel I y la herencia de Juan Casimiro

La corte de Mariana tuvo que hacer frente a otra cuestión más, la cual pronto evolucionó en un pleito de carácter internacional. Tras su abdicación de la corona polaca, Juan Casimiro partió hacia Francia, donde residió durante sus últimos años al amparo de Luis XIV. También trató de marchar a Roma, poniéndose en contacto para ello con su prima, Cristina de Suecia. Al menos en dos audiencias, la ex-reina pidió al Papa permiso para que Juan Casimiro pudiera viajar a la Ciudad Eterna, obteniendo poco más que esperanzas vacías. En Madrid, mientras tanto, estas instancias fueron muy mal recibidas, temiéndose particularmente las consecuencias que pudiera acarrear este viaje en Polonia. Por ello, se dieron instrucciones a sus embajadores para que se obstaculizara su traslado en todo lo que se pudiera¹⁰⁴. Este no se llegó a realizar, muriendo Juan Casimiro en Nevers en diciembre de 1672¹⁰⁵.

Su muerte fue el punto de partida de un largo pleito, que se extendió durante toda la segunda mitad del siglo XVII. Juan Casimiro no contaba con hijos, pero en 1663, y en medio de los planes de reforma y elección de un Vivente Rege, había aceptado como heredera a la sobrina de su esposa, Ana Enriqueta, casada a su vez con el duque de Enghien, hijo del Gran Condé. Esta adopción, que debía haber servido para abrir el camino al trono de Polonia a los Condé, contó con el beneplácito del senado polaco, así como de Luis XIV de Francia y entre los bienes que debían recibir por ello, estaba una renta anual de 17.143 escudos de plata provenientes del Virreinato de Nápoles. Esta tenía su origen en los réditos de un préstamo hecho en tiempos de Felipe II (las célebres “Sumas Napolitanas”) que había llegado a los Vasa a través de su parentesco con los Jagellon. Sin embargo, Enghien y Ana Enriqueta no fueron los únicos en reclamar estos bienes tras la muerte de Casimiro, y Cristina de Suecia también escribió a Madrid reclamándolos, bajo el argumento de ser la última descendiente de los Vasa. Esta pretensión contó con el apoyo de una parte de la curia romana y particularmente de varios miembros del Squadrone Volante, como el cardenal Azzolino (que apenas unas semanas más tarde se reunió con Nithard para tratar el asunto), el nuncio Marescotti y el cardenal Altieri¹⁰⁶. La cuestión se complicó aún más tras conocerse el último testamento de Juan Casimiro, en el que este no había nombrado a Ana Enriqueta como heredera, sino a su madre, Ana María, si bien esta no tardó en renunciar en beneficio de su hija¹⁰⁷. También los polacos se interesaron por las rentas y en enero de 1673 Miguel I escribió dos cartas a Carlos II y a su madre reclamándolas. Su argumento era que, en el año 1587, y como parte de su elección, Segismundo III había cedido estas sumas a la república, por lo que legalmente correspondían a los polacos¹⁰⁸.

Con tantos pretendientes, fue inevitable que se abriera un largo pleito en los tribunales de Nápoles, paralizándose entre tanto la entrega del dinero, algo por otra parte muy conveniente para las arcas del virreinato. Dado el estado de guerra, tanto en Francia como en Polonia, la cuestión quedó pendiente para el futuro, pidiéndose a los

¹⁰⁴ AGS, EST, 3045, el marqués de Astorga, Roma, 22 de enero de 1670.

¹⁰⁵ Zbigniew WÓJCIK, Z., *Jan Kazimierz Waza*, Wrocław, Ossolineum, pp. 210-213.

¹⁰⁶ AHN, EST, 2135, Consejo de Estado, 2 de julio de 1681.

¹⁰⁷ AHN, EST, 2135, Copia de testamento que otorgó el señor Juan Casimiro de Polonia, en la villa de Nevers el 12 y 13 de diciembre de 1672.

¹⁰⁸ AHN, EST, 2135, Consejo de Estado, 2 de julio de 1681; Miguel I a Carlos II, Varsovia, 18 de enero de 1673.

polacos un registro documental que diera fuerza a su pretensión. Este llegaría a finales de 1679, con el arribo de un nuevo embajador polaco a Madrid, si bien para entonces ya gobernaba en Varsovia Jan Sobieski¹⁰⁹.

Los últimos meses del reinado.

La invasión turca de 1672 coincidió con el estallido de un nuevo enfrentamiento en Polonia entre la corte y los malcontentos. En ello tuvo mucho que ver el descontento del ejército, mal pagado y dirigido por Jan Sobieski, pero también las disensiones dentro de la corte. Las primeras noticias de rebelión llegaron a Viena en marzo, cuando se supo que una parte del ejército se había confederado contra la corona¹¹⁰. Poco después, la dieta, que debía haber preparado la defensa del reino frente a la invasión turca, se deshizo sin tomar resolución alguna, alzándose algunas voces que pedían la abdicación del rey. Una vez más, se volvió a hablar de conspiración, por lo que Miguel escribió a su cuñado austriaco pidiéndole ayudas. Este respondió enviando algunas tropas a la frontera de Silesia, remitiendo asimismo medios a su hermana para que pudiera ganar nuevos apoyos. Entretanto, se puso en comunicación con las cortes de Estocolmo y Berlín, trasladándoles los movimientos de los franceses en Polonia¹¹¹. En junio, la dieta volvió a reunirse para tratar de encaminar la defensa, estando allí presente el barón de Stomm, residente de Leopoldo, quien dio cuenta de todo lo ocurrido en una serie de avisos, cuyas copias traducidas se conservan en el Archivo General de Simancas. En ellos hablaba de una nueva conspiración, en este caso coordinada por Gremonville y con conexiones con los turcos, así como del malestar que había causado en Polonia el traslado de tropas a Silesia. Por otra parte, Stomm jugó un papel importante en aquellos acontecimientos, o al menos él se lo atribuyó posteriormente, sirviendo de consejero a la reina Leonor mientras trataba de atraerse a algunos miembros del grupo francés. Según él, estos estaban dirigidos por el primado Prażmowski, el general Sobieski y el príncipe Lubomirski, pero creía que estos dos últimos podrían ser ganados. Más aún, según el propio Stomm, su intervención fue decisiva para evitar que el rey huyera de la corte en un momento de desesperación en dirección a Poznań, abandonando a la reina en Varsovia¹¹².

Esta situación se mantuvo durante los meses siguientes, conformando en octubre el rey su propia confederación. Ese mismo mes se produjo la paz de Buczacz que, si bien humillante, al menos dio cierto respiro a la república. A Polonia también llegó por esas fechas Francesco Buonvisi, enviado por el Papa para mediar entre los polacos e impedir que prosperara la paz con el turco. Este logró un acuerdo para principios de año (en colaboración con Andrzej Trzebicki, obispo de Cracovia) que incluía un perdón general por las dos partes y una limitación de los poderes de la corona¹¹³. Poco después,

¹⁰⁹ AHN, EST, 2135, Consulta de Estado, 11 de junio de 1673; Consejo de Italia, 21 de enero de 1680; sobre un desarrollo posterior: Miguel CONDE PAZOS, "La Monarquía hispana y la dinastía sajona de Polonia, 1697-1734", José MARTÍNEZ MILLÁN, Concepción CAMARERO BULLÓN, Marcelo LUZZI TRAFICANTE, M. (Cords.). *La Corte de los Borbones: Crisis del modelo cortesano*, Madrid, Polifemo, 2013, Vol. 1, pp. 559-589.

¹¹⁰ AGS, EST, 2389, el marqués de los Balbases, 10 de marzo de 1672.

¹¹¹ AGS, EST, 2389 Consejo de Estado, 18 de mayo de 1672

¹¹² AGS, EST, 2390, extracto de las relaciones hechas por el barón de Stomm, Varsovia, del 22 de junio al 7 de julio de 1672.

¹¹³ AGS, EST, 2391, Copia de traducción de las capitulaciones del ajuste de Polonia entre aquel rey y el partido que llaman de los malcontentos", 23 de marzo de 1673;

la dieta se negó a ratificar el tratado de Buczacz, entrando una vez más en guerra con el Sultán.

Aquella decisión pareció adecuada para la política propugnada por Madrid, preocupada por la siguiente víctima de la agresión otomana. De hecho, en la corte de Mariana ya se habían hecho prevenciones tras conocerse el acuerdo de Buczacz, y se había pedido que las Décimas Eclesiásticas que se estaban negociando en Roma fueran destinadas para la defensa de Sicilia¹¹⁴. Eso sí, se tenía noticia de que el ejército turco no se había desmovilizado del todo, sino que había preferido retirarse a Moldavia, a la espera de que los polacos confirmaran la tregua. A estas noticias se sumaron toda una serie de avisos falsos, que aseguraban que los persas habían vuelto a atacar en Mesopotamia, siendo en cualquier caso el tamaño del ejército turco mucho menor que el año anterior (lo que descartaba una campaña en 1673 sobre Hungría y mucho menos sobre Italia). La iniciativa en este caso fue tomada por las fuerzas polacas, comandadas por el general Sobieski, quien avanzó al encuentro del ejército otomano con 30.000 hombres. Durante el verano y el otoño, este asestó toda una serie de derrotas a los tártaros y turcos, las cuales culminaron el 11 de noviembre con el gran éxito en Chocim¹¹⁵. Esta victoria conjuró a medio plazo una invasión como la de 1672, pero Miguel I no pudo aprovechar el éxito, ya que había muerto justo un día antes de la batalla en extrañas circunstancias.

Un año más tarde llegó a Polonia, con motivo de la elección de 1674, Don Pedro Ronquillo, que hizo su propio juicio de lo sucedido durante los últimos meses del reinado de Miguel. Según él, este monarca había perdido toda autoridad durante su último año de reinado, siendo el acuerdo de conciliación alcanzado a principios de 1673 una privación de todos sus poderes. Por supuesto, el juicio de Ronquillo estaba mediatizado, pues en parte justificaba su propio fracaso en la elección de 1674, en la que se eligió como rey a Sobieski. Por otra parte, para él los méritos de Stomm no eran tales, y si Miguel I no había sido destronado en 1672, no se debió tanto a sus instancias, como a la muerte en campaña del conde de Saint-Pol, que había dejado sin candidato a los malcontentos polacos. Sobre el extraño fallecimiento de Miguel I, para Ronquillo podía formar parte de toda una serie de muertes sospechosas relacionadas con el grupo francés, entre las que también estarían las de Florian Czartoryski y Adam Zamoyski¹¹⁶.

Conclusiones

Visto de manera retrospectiva, podemos observar dos tendencias en cuanto a la relación que hubo entre las cortes de Madrid y Varsovia durante el reinado de Miguel I, las dos profundamente marcadas por la relación mantenida a su vez por ambas con la de Viena. En tiempos de paz, el polaco se convirtió en un aliado útil, que limitó la expansión de los franceses en la zona, aportando a Leopoldo I una mayor libertad para intervenir en el Rin. En este sentido, su ascenso al trono en 1669 sirvió para mantener viva la política de colaboración dinástica, estando ambas ramas igualmente interesadas

¹¹⁴ AGS, EST, 2392, Consejo de Estado de 1673

¹¹⁵ AGS, EST, 3048, Relación del campo de Chocim, 11 de Noviembre de 1673.

¹¹⁶ Ronquillo al marqués de los Balbases, Thorn, 2 de octubre de de 1674, en Antonio RODRÍGUEZ VILLA, *Misión secreta del embajador Don Pedro Ronquillo en Polonia (1674): según sus cartas originales al marqués de los Balbases, embajador a la corte de Viena*, Madrid, Imprenta de las Biblioteca de Instrucción y Recreo, 1874.

en que Miguel conservara el trono. Pero, en momentos de guerra, y con dos frentes abiertos en los dos extremos de Europa, Miguel I y Carlos II tenían intereses diametralmente opuestos, representando dos alternativas para la política imperial totalmente incompatibles: la vertiente dinástico-alemana (que se traducían en la intervención de Leopoldo en el Rin y Holanda) y la defensa del turco, esta última estrechamente conectada con los problemas de Hungría y la diplomacia papal. Esta incompatibilidad de intereses respondió a la nueva realidad establecida entonces en Europa, siendo incapaz la Monarquía de plantear una alternativa o estrategia que lograra aunar los dos conflictos (como si había ocurrido, por ejemplo, durante la Segunda Guerra del Norte). Madrid, por otra parte, no se dejó atraer por los ruegos de la diplomacia papal, y mucho menos por la polaca, a la hora de prometer nuevas ayudas, restringiendo estas a la concesión de las Décimas Eclesiásticas de Italia. Esto se debió sin duda a la falta total de medios, pero también a la ausencia, cada vez más evidente, de un discurso de corte universalista-confesional que diera sentido a una mayor implicación. En vez de ello, lo que fue primando cada vez más fue la dependencia hacia Viena para mantener la posición internacional de la Casa, siendo de hecho Leopoldo quien tuvo que asumir muchas de las responsabilidades que antaño pertenecieran a los reyes de España en el continente.

La muerte de Miguel I, a finales de 1673, volvió a abrir el problema sucesorio en Polonia y con ello, todas las dudas en cuanto al futuro de la región. Esto fue más importante aún en aquel momento, con las principales potencias de la zona entrando en la guerra de occidente (Carlos XI de Suecia en el bando francés; Federico Guillermo en el de Holanda). La elección de Sobieski, en mayo de 1674, supuso en este sentido un auténtico fracaso para la diplomacia hispana, así como un nuevo obstáculo para la política de colaboración dinástica. Si esto no ocurrió finalmente, no fue tanto por el deseo de Sobieski (quien durante años negoció con los franceses), sino a su incapacidad de llegar a un acuerdo satisfactorio con los turcos hasta 1676. En cualquier caso, para entonces la estrategia de colaboración dinástica ya estaba sufriendo un profundo desgaste, fruto del poco efecto que había tenido la entrada de Leopoldo I en la contienda de Holanda. A ella siguió el estallido de la rebelión de Mesina, que alteró el orden en Italia y el Mediterráneo Occidental e hizo que en Madrid muchos se replantearan la estrategia hasta entonces seguida. En esta ocasión, la situación fue muy distinta a la ocurrida en 1668, pues ni Luis XIV se retiró de la guerra ante la concreción de una gran coalición, ni las autoridades hispanas fueron capaces de contener la rebelión. Todo ello dio fuerza a aquellos que, desde la corte de Madrid, criticaban la política internacional de la reina y más concretamente la premisa de colaboración dinástica. Todo este sentir, que como ya vimos, tenía unas bases bien arraigadas, fue recogido unos años más tarde por Juan José de Austria, cuyo valimiento supuso un viraje de la política tradicional, marcado por el matrimonio en 1679 entre Carlos II y María Luisa de Orleans y el establecimiento de una estrategia cada vez más alejada de los parámetros dinásticos clásicos¹¹⁷.

¹¹⁷ Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, *La monarquía [...]*, op. cit. pp. 287; Koldo TRAPAGA MONCHET, *La reconfiguración política de la Monarquía católica: la actividad de don Juan José de Austria (1642-1679)*, Tesis doctoral inédita, UAM, pp. 635-638.